

Se aparta de su hueste, y el camino
Toma por do le dicen que hácia el puente,
Temiendo que lo obstruyan, diligente
Cabalga el sucesor de Constantino;
Y tal ardor en perseguirlo pone
El vencedor guerrero,
Que ni avisa, ni aguarda á su escudero.

Huye Leon (pues fuga
Es aquello mas bien que retirada),
Huye; y por dicha suya halla expeditos
Los puentes todos, que á su paso corta,
Y las naves, que incendia. Aquella tarde,
Puesto ya el sol, aporta
Allí Roger buscando abrigo, y viendo
Que ni castillo ni ciudad alguna
Existe en torno, proseguir su viaje
Propónese al reflejo de la luna.

Toda la noche á la aventura trota;
Y, al despuntar el rayo matutino,
Hácia su izquierda nota
Una ciudad no léjos del camino,
En la cual se propone todo un día
Detenerse en obsequio de Frontino,
Rendido de tan larga correría.

Era señor de toda aquella tierra
Del monarca de Grecia un fiel vasallo,
Llamado Ungardo, el cual para esta guerra
Gentes de á pié recluta y de á caballo.
Mas, como el paso á nadie allí se cierra,
Del modo y con la gente que le agrada
Entra Roger, y párase á la entrada
De la ciudad, donde con mil festejos
Impedente las gentes ir mas léjos.

A la misma posada aquella tarde
Un caballero de Romania llega,
Que fué testigo de la atroz refriega
En que, en favor del Búlgaro, hizo alarde
De gran valor Roger. No bien por tanto

Las armas, cuya insólita violencia
Estuvo á punto de sentir, divisa,
Corre á palacio; á su señor audiencia
Pide; de aquesta novedad le avisa,
Y refiérole cuanto
Aguardo yo á decir en otro canto.

CANTO XLV.

Cae Roger en manos de Ungardo y es conducido á la cárcel. — Quiere Teodora vengar la muerte de su hijo, quitando la vida á Roger. — Sácale Leon de la cárcel en el momento de estar próximo el héroe á perecer víctima de la venganza de Teodora. — Quejas de Bradamante. — Proposición que hace esta doncella á Carlomagno. — Acepta el emperador la proposición de la guerrera. — Batalla de esta con Roger, á quien toma por Leon. — Indecisión de Carlomagno. — Parte Leon en busca de Roger.

Cuanto á mas alto puesto
Eleva al hombre la inconstante diosa,
Tanto el misero se halla mas expuesto
A caída fatal y estrepitosa.
De aquesto son irrecusable prueba
Polícrates, Dionisio, el rey de Lidia
Y otros mil que nombro,
Cuya ventura objeto fué de envidia,
Y cuya ruina objeto fué de asombro.
Así, no porque un hombre
En lo mas bajo de la rueda gima,
Cosa ha de ser que asombre
Verlo de pronto remontarse encima,
Y mas de uno hemos visto
Que la frente en el tajo puso un día,
Y á quien al otro el orbe obedecía.

De esto en la edad antigua
Ejemplo son Ventilio, Servio y Mario,
Y el rey Luis en la nuestra lo atestigua.
Ejemplos mil de aquesto y lo contrario

Hay en la antigua y la moderna historia,
En prueba de que al bien el mal sucede,
De que acaso al baldon sigue la gloria,
Y de que el hombre, en fin, contar no puede
Con el oro, el poder, ni la victoria.

De su reciente triunfo alegre, ufano
Roger camina, y solo, sin ayuda,
Dar con su propia mano

Muerte al padre y al hijo ya no duda,
Aun cuando á defendellos

Toda la gente que hay en Grecia acuda.

Fortuna empero, que jamas consiente
Que con ella á su antojo el hombre cuente,
Quiso dar á Roger insigne prueba

De cuan súbitamente

Al grande humilla y al humilde eleva,

Y á desaires le expuso y á peligros
Por medio del guerrero de Romania,

Que á duras penas pudo,
Huyendo, conjurar embate rudo.

Este guerrero á Ungardo
Hizo saber que el paladin gallardo
Que las huestes rompió de Constantino,
Pasar se proponia

La noche en la ciudad do pasó el dia,

Y que el griego monarca gran fatiga

Y riesgo evitará, como consiga

Al héroe aprisionar; pues, hecho aquesto,
Del de Bulgaria triunfará bien presto.

Ungardo, que enterado
De todo está por la dispersa gente

Que, atravesando el puente,

A refugiarse al lado suyo vino,

Maravillase y llénase de gozo

Al ver que el caballero

Cuya furia causó tanto destrozo,

Con audacia imprudente

En enemigo campo se presente.

La ocasion, pues, con gran cautela acecha;
Y cuando sabe que dormido yace,

A sus soldados hace

Que en el lecho le cojan. Acusado

De su propio broquel por la divisa,

Queda preso Roger en Novigrado;

Preso, en tanto que inerme,

Sin nada recelar desnudo duerme.

De este suceso Ungardo á toda prisa

Por un correo á Constantino avisa;

A Constantino, que, en la noche de ántes

Las márgenes del Save abandonando,

Sus legiones condujo

A Bética, ciudad de su cuñado,

Cuyas puertas y muros

Reforzaban sus tristes moradores,

En ellos no creyéndose seguros

Del bravo paladin, cuyos furoros

Al combate anterior dieron un sesgo

Que causó gran conflicto y grave riesgo.

Mas, en esto, advertidos

De la prision del inclito guerrero,

Parecen desdeñar envanecidos

Al Búlgaro, y con él, al orbe entero.

Y tanto en esta nueva se complace

El arrogante emperador de Grecia,

Que, sin saber lo que hace,

Al que no ha mucho le venció desprecia.

Ni ménos regocijo

Que al padre, causa este suceso al hijo;

Que no tan solo hacerse dueño espera

Otra vez de Belgrado y su comarca,

Sino atraer tambien á su partido,

A fuerza de agasajos y de obsequios,

Al caudillo aguerrido,

Con cuyo apoyo, ni al francés monarca,

Ni á Reinaldo, ni á Orlando

Teme, ni á todo el enemigo bando.

No, sin embargo, de la misma suerte
 Por Roger se interesa
 Teodora, madre del cuitado jóven
 A quien dió el paladin trágica muerte.
 De Constantino, de quien era hermana,
 Va pues en busca, y á sus pies se arroja;
 Y, el dolor exhalando que le afana,
 Logra comunicarle su congoja.

Por sus quejas, su llanto, y mas que todo
 Por su elocuente y contristado acento,
 Se enternece el monarca de tal modo
 Que ordena en el momento
 Someter al cautivo
 De Teodora al anhelo vengativo.

Esta, despues que en su poder lo tuvo,
 Buscando medio anduvo
 De hacerlo padecer; y en su ira inmensa,
 Leve consuelo piensa
 Verle espirar descuartizado vivo
 En presencia de todo un populacho,
 Por lo comun tan poco compasivo.

Por órden, pues, de la terrible dama,
 En los pies, en las manos y en el cuello
 Férreos grillos le ponen,
 Súmenlo luego en lóbrega caverna,
 Donde el rayo del sol jamas se interna,
 Y do en poder de gentes mas impías
 Que la misma Teodora
 Le dejan uno, dos, tal vez mas dias,
 Sin darle otro alimento
 Que un pedazo de pan duro y mugriento.

¡Cuán presto, oh Dios, si de la noble y bella
 Hija de Amon, ó bien de la doncella
 Hermana de Roger, á la noticia
 Llegara aquesta bárbara injusticia,
 Volaran una y otra con su acero
 A romper las cadenas del guerrero!
 En esto, recordando Carlomagno

Que su palabra está comprometida
 A no dar á la virgen mas consorte
 Que aquel que en contra della,
 En singular querella,
 Con lustre y con valor sus armas mida,
 A son de trompa ordena por su corte
 Y por el orbe á su poder sujeto
 Pregonar de esta lid el alto objeto.

« Todo aquel, » dice el bando,
 « Que por esposa á Bradamante quiera,
 « Con ella sostener la pugna debe
 « Desde que nazca el sol hasta que muera.
 « Si á resistir se atreve
 « Este tiempo la lid sin ser vencido,
 « Se aviene la doncella
 « A aceptarle al instante por marido. »

El duque Amon, que con el rey no puede
 Ni quiere enemistarse,
 Despues de mucho meditarlo, accede;
 A la corte con su hija encaminarse
 Resuelve al fin, y hasta á Beatriz decide
 A que, por la honra de su estirpe, cuide
 De encargarle vestidos esplendentes
 De formas y colores diferentes.

Y luego con su padre se dirige,
 Bella y engalanada, Bradamante
 A la corte del rey, donde se aflige
 Buscando en vano á su querido amante.

En dudas mil consúmese la dama
 No advirtiéndolo allí, y amargo llanto,
 Bien que disimulándolo, derrama.
 ¡Cuánto empero, oh Dios, cuánto
 Mas horroroso fuera su quebranto,
 A saber, lo que entonces no sabia,
 Que condenado á muerte, en cárcel dura
 Y próximo á espirar Roger vivia!

De este suceso quiso
 La celeste bondad que, por fortuna,

Llegase pronto y oportuno aviso
De Constantino, al hijo; el cual al punto
A imaginar se pone alguna traza
Para evitar el riesgo que amenaza
Al héroe, de virtud bello trasunto:
Uno á la postre encuentra
Con que salvarlo de su suerte impía
Medita, sin que pueda
Hacerle cargos su irritada tia.

Por conseguir su objeto
A la cárcel diríjese en secreto,
Y al que las llaves tiene á su cuidado
Dice que ver y hablar al jóven quiere
A tan grave suplicio condenado.

De noche, pues, llevándose consigo
A un robusto mancebo y fiel amigo,
Hace al guardián, sin pronunciar palabra,
Que de la cárcel el postigo le abra.

A Leon y, al que va en su compañía,
Con gran sigilo y sin escolta alguna,
El carcelero guia
Hácia el fatal castillo
Do gime ha tiempo el inclito caudillo.

Entrando en la prision, al compañero
Hace seña Leon; y, por la espalda
Asiendo al carcelero,
Échanle un lazo al cuello, y sin empacho
Dan dél en un instante buen despacho.
Alzan luego la trampa; y, por el cable,
A aquel único objeto, destinado,
Con una hacha encendida
Baja Leon al antro abominable,
Donde, de aire y de luz Roger privado,
Viera acabar ántes de un mes la vida,
A durar un mes mas aquel estado.

Roger con efusion al héroe abraza
Y dice: « Tu virtud, ¡ oh caballero!
« Indisolublemente á tí, me enlaza.



Leon liberta á Roger. (T. II, p. 466.)

« Preñado de tu brio,
« Desde este instante quiero
« Ocuparme en tu bien mas que en el mio;
« Que tu amistad prefiero
« A la del padre y la del orbe entero.
« Yo soy Leon, el hijo
« De Constantino, y á tu auxilio vengo,
« Magüer que, al darte libertad, colijo
« Incurrir en perpetuo desagrado
« De mi padre severo,
« Cuyas huestes rompiste ante Belgrado. »

Y, al prisionero desatando, dijo
Cosas mil en seguida,
Con las cuales volvióle fuerza y vida.
Contéstale Roger: « Merced inmensa
« Lleno de gratitud de tí recibo;
« Y, si mil años vivo,
« Mil años te prometo,
« De tan alto favor en recompensa,
« Consagrarme en tu obsequio y tu defensa. »

De la oscura prision de esta manera
Salió Roger, sin tropezar con uno
Que ni á él ni á Leon reconociera.
Y de este aprovechando el oportuno
C: tanto cordial ofrecimiento, parte
Por unos dias á buscar abrigo
A casa de su amigo,
Que volverle le ofrece
Sus armas todas y el corcel gallardo
Que sé hallaba en poder del fiero Ungardo.

Al otro dia encuéntranse las gentes
Sin el preso, y abiertas
De par en par las puertas
De la prision. Rumores diferentes
Corren por la ciudad; cada cual echa
La culpa á uno distinto;
Mas la pura verdad nadie sospecha;
Pues ninguno imagina

Que único autor de aquesta trama sea
El hijo del monarca, cuya ruina
Consumó el paladin en la pelea.

Asombra al buen Roger tal cortesía,
Y de noche y de día
De discurrir no cesa
Como llevar á efecto su promesa
Podrá, y de nuevo ofrece
A Leon consagrarse á su servicio;
Pues justo, y más que justo, le parece
Hacer por él cualquiera sacrificio.

Llega en esto la nueva,
Por el francés monarca divulgada,
De que hacer con la lanza y con la espada
Debe en la liza relevante prueba
Quien por esposa quiera
Tener á la magnánima guerrera.

A Leon esta nueva desagrada
Y turba; pues, sus fuerzas conociendo,
Ve bien que en vano resistir quisiera
De la doncella al ánimo estupendo.

Y, en esta persuasion, suplir medita
Con ingenio al vigor, vestir haciendo
Su cota al héroe, cuyo nombre ignora,
Mas á cuya inaudita
Pujanza no supone
Que pueda haber un franco que resista,
Y que, de tanta cólera á la vista,
Espavorido el campo no abandone.

A Roger al efecto
Llama pues, y le instruye
De cuanto cumple al logro del proyecto.

Mucho en el alma de Roger influye
Del mancebo la súplica elocuente;
No tanto, empero, como
La gratitud que siente
Por aquel que, exponiéndose á mil penas,
Vida le dió rompiendo sus cadenas.

Así, magüer que dura
Halla esta obligacion, dura mil veces
Mas que el morir, á sus fervientes preces,
A fuer de paladin, rendirse jura.

Seguro de morir, pues á la muerte
Equivale tamaño compromiso,
Con ánimo indeciso
Medita de que suerte
Deba morir. Dejar que en el combate
Lo destruya la virgen y lo mate,
Fuera para él felicidad suprema;
Mas, en cambio tambien recapacita
Que con esta fatal estratagema
Aumenta de Leon la amarga cuita,
Y, poniéndole en nuevo y grave aprieto,
Le deja al fin sin conseguir su objeto.
Entre tantos proyectos indeciso,
Vacila el héroe, y á mostrarse esclavo
De su palabra se resuelve al cabo.

De su padre entretanto con permiso
Leon armas, caballos
Y un número infinito de vasallos,
Cual á su excelso rango convenia,
Ufano apercibia;
Y con ellos poniéndose en camino,
Y á Roger devolviendo
Sus buenas armas y el corcel Frontino,
Logró en su compañía
Ver en breve, á pesar de la distancia,
La populosa capital de Francia.

En ella, empero, penetrar no quiso,
Y, sus reales sentando en su comarca,
De su llegada aviso
Por un embajador mandó al monarca.
De esta nueva contento,
Por visitarle Carlos al momento
Del principe se fué á los pabellones;
Y, de obsequios colmándole y de dones,